



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE BOLLETTINO

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 080324f

Viernes 08.03.2024

Celebración penitencial presidida por el Santo Padre Francisco en la Parroquia de San Pío V

Esta tarde, en la Parroquia de San Pío V, en Roma, el Santo Padre Francisco presidió una Liturgia Penitencial para la Reconciliación de varios penitentes con confesión y absolución individual.

La celebración abrió la iniciativa cuaresmal "24 horas para el Señor", promovida por el Dicasterio para la Evangelización, que se celebra cada año en las diócesis de todo el mundo, en la víspera del cuarto domingo de Cuaresma, domingo "in Laetare".

La edición de este año se enmarca en el Año de la Oración y tiene lugar el viernes 8 y el sábado 9 de marzo.

Publicamos a continuación la homilía que el Papa pronunció durante la Celebración Penitencial:

Homilía del Santo Padre

«Podemos caminar en una vida nueva» (Rm 6, 4): así escribe el apóstol Pablo a los primeros cristianos de esta Iglesia de Roma. Pero, ¿qué es *la vida nueva* de la que habla? Es la vida que nace del Bautismo, el cual nos sumerge en la muerte y resurrección de Jesús y nos hace para siempre hijos de Dios, hijos de la resurrección destinados a la vida eterna, orientados a las cosas de arriba. Es la vida que nos lleva adelante en nuestra identidad más verdadera, la de ser hijos amados del Padre, para que toda tristeza y obstáculo, toda fatiga y tribulación no puedan prevalecer sobre esta maravillosa realidad que nos funda: somos hijos del Dios bueno.

Hemos oído que San Pablo asocia a la vida nueva un verbo: *caminar*. Por tanto, la vida nueva, iniciada en el Bautismo, es un camino. ¡Y no hay pensión en esto! Nadie en este camino se jubila, siempre se avanza. Y después de tantos pasos en el camino, tal vez hemos perdido de vista la vida santa que fluye dentro de nosotros: día tras día, inmersos en un ritmo repetitivo, atrapados en mil cosas, aturdidos por tantos mensajes, buscamos por todas partes satisfacciones y novedades, estímulos y sensaciones positivas, pero olvidamos que ya hay una vida nueva que fluye dentro de nosotros y que, como brasas bajo las cenizas, espera encenderse y iluminar todo. Cuando estamos ocupados en muchas cosas, ¿pensamos en el Espíritu Santo que está dentro de nosotros y nos lleva? A mí me pasa muchas veces que no pienso en ello, y es feo. Ser así, atrapados en tantos trabajos, nos hace olvidar el verdadero camino que estamos haciendo en la vida nueva.

Debemos buscar las brasas bajo las cenizas, esas cenizas que se han asentado en el corazón y esconden a la vista la belleza de nuestra alma, la esconden. Entonces Dios, que en la vida nueva es nuestro Padre, se nos aparece como un amo; en lugar de confiar en Él, contratamos con Él; en lugar de amarlo, lo tememos. Y los demás, en lugar de ser hermanos y hermanas, como hijos del mismo Padre, nos parecen obstáculos y adversarios. Hay una mala costumbre: la de convertir a nuestros compañeros de camino en adversarios. Y muchas veces lo hacemos. Los defectos del prójimo nos parecen exagerados y sus virtudes escondidas; ¡cuántas veces somos inflexibles con los demás e indulgentes con nosotros mismos! Sentimos una fuerza imparable para hacer el mal que nos gustaría evitar. Un problema de todos, si incluso San Pablo escribe, siempre a la comunidad de Roma: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero» (7, 19). Él también era un pecador, y muchas veces también nosotros hacemos el mal que no queremos. En resumen, oscurecido el rostro de Dios, oscurecidos los de los hermanos, borrosa la grandeza que llevamos dentro, permanecemos en camino, pero necesitamos una señalización nueva, necesitamos un cambio de ritmo, una dirección que nos ayude a encontrar el camino del Bautismo, es decir, a renovar nuestra belleza original que está allí bajo las cenizas, renovar el sentido de seguir adelante. ¿Y cuántas veces nos cansamos de caminar y perdemos el sentido de seguir adelante? Permanezcamos tranquilos, o ni siquiera tranquilos, pero quietos.

Hermanos, hermanas, ¿cuál es el camino para retomar el camino de la vida nueva? Para esta Cuaresma y para retomar el camino, ¿cuál es el camino? Es *el camino del perdón* de Dios. Poned esto en la mente y en el corazón: *Dios nunca se cansa de perdonar.* , escuche bien? ¿Son capaces de repetirlo conmigo? Juntos, todos: [todos] Dios nunca se cansa de perdonar. Para estar seguros, una vez más: [todos] Dios nunca se cansa de perdonar. ¿Pero cuál es el drama? *¡Que somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón!* Pero Él nunca se cansa de perdonar. No nos olvidemos de este pequeño. Y el perdón divino hace precisamente eso: nos renueva, como recién bautizados. Nos limpia por dentro, haciéndonos volver a la condición del renacimiento bautismal: hace fluir de nuevo las frescas aguas de la gracia en el corazón, agostado por la tristeza y empolvado por los pecados. El Señor quita las cenizas de las brasas del alma, limpia esas manchas interiores que impiden confiar en Dios, abrazar a los hermanos, amarnos a nosotros mismos. Dios lo perdona *todo*. “Oh, Padre, tengo un pecado que seguramente es imperdonable”. Mira: Dios perdona todo, porque Él nunca se cansa de perdonar. El perdón de Dios nos transforma por dentro: nos devuelve una vida y una visión nueva. No por casualidad en el Evangelio que hemos escuchado, Jesús proclama: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios» (Mt 5, 8). Nos prepara los ojos para ver a Dios. Solo se ve a Dios si el corazón se purifica: purificar el corazón para ver a Dios. Pero, ¿quién puede hacer esta purificación? Nuestro compromiso es necesario, pero no es suficiente; no es suficiente, somos débiles, no podemos; solo Dios conoce y cura el corazón. Poneos este bien en la mente: solo Dios es capaz de conocer y sanar el corazón, solo Él puede liberarlo del mal. Para que esto suceda hay que llevarle nuestro corazón abierto y contrito; imitar al leproso del Evangelio, que le reza así: «¡Si quieres, puedes limpiarme!» (Mc 1, 40) Me gusta ese... “Si quieres, puedes cambiarme por dentro, puedes purificarme”. Es una bella oración esta, y podemos repetirla juntos, aquí, todos. Juntos: “Señor, si quieres, puedes purificarme”. Otra vez: [todos] «Señor, si tú quieres, puedes purificarme». Y ahora, en silencio, que cada uno se lo diga al Señor, mirando sus pecados. Miren los pecados, miren las cosas malas que tienen dentro y que han hecho; en silencio digan al Señor: “Señor, si tú quieres, puedes limpiarme”. Él sí puede. Alguien piensa: “Pero este pecado es demasiado feo, el Señor no podrá...”. El Señor perdona todo, el Señor no se cansa de perdonar. - ¿Lo recuerda? Repítanlo: “El Señor no se cansa de perdonar”. Todos juntos: [todos] «El Señor no se cansa de perdonar».

El Señor quiere esto, porque nos quiere renovados, libres, ligeros por dentro, felices y en camino, no aparcados en los caminos de la vida. Él sabe lo fácil que es para nosotros tropezar, caer y quedarnos en el suelo, y quiere levantarnos. He visto una bonita pintura, donde está el Señor que se inclina para levantarnos. Y esto lo hace el Señor cada vez que nos acercamos a la Confesión. No lo entristezcamos, no posterguemos el encuentro con su perdón, porque solo si lo ponemos de pie de nuevo podemos retomar el camino y ver la derrota de nuestro pecado, cancelado para siempre. Porque el pecado siempre es una derrota, pero Él vence al pecado, Él es la victoria. Es más, «en el mismo instante en que el pecador es perdonado, aferrado por Dios y restaurado por la gracia, el pecado — ¡maravilla de las maravillas! — se convierte en el lugar en el que Dios entra en contacto con el hombre. [...] Así Dios se da a conocer perdonando» (A. Louf, *Bajo la guía del Espíritu*, Magnano 1990, 68-69). “Conozco a Dios estudiando la catequesis...”. Pero no lo conoces solo con la mente: solo cuando el corazón se arrepiente y acudes a Él, mostrando tu corazón sucio, allí conocerás a Dios que perdona. “Vete en paz, los pecados te son perdonados”. Dios se da a conocer perdonando. Y «el pecador, escrutando el abismo

de su propio pecado, descubre por su parte el infinito de la misericordia» (*ibíd.*). Y esta es la reanudación de la vida nueva: comenzada en el Bautismo, comienza de nuevo desde el perdón.

No renunciemos al perdón de Dios, al sacramento de la Reconciliación: no es una práctica de devoción, sino el fundamento de la existencia cristiana; no es cuestión de saber decir bien los pecados, sino de reconocernos pecadores y de arrojarnos a los brazos de Jesús crucificado para ser liberados; no es un gesto moralista, sino la resurrección del corazón. El Señor resucitado nos resucita a todos. Vayamos, pues, a recibir el perdón de Dios y nosotros, que lo administramos, sintámonos dispensadores de la alegría del Padre que encuentra al hijo perdido; sintamos que nuestras manos, puestas sobre la cabeza de los fieles, son las perforadas de misericordia de Jesús, que transforma las llagas del pecado en canales de misericordia. Y nosotros, que somos confesores, sentimos que «el perdón y la paz» que proclamamos son la caricia del Espíritu Santo en el corazón de los fieles. ¡Queridos hermanos, perdonemos! Queridos hermanos sacerdotes, perdonemos, perdonemos siempre como Dios que no se cansa de perdonar, y nos encontraremos a nosotros mismos. Concedemos siempre el perdón a quien lo pide y ayudamos a quien siente temor a acercarse con confianza al *sacramento de la curación y de la alegría*. ¡Pongamos el perdón de Dios en el centro de la Iglesia! Y vosotros, queridos hermanos sacerdotes, no preguntéis demasiado: que digan, y tú perdona todo. No vayas a investigar, no.

Y ahora, preparémonos para acoger la vida nueva, confesemos al Señor que hay tanto de viejo en nosotros, cosas feas... La lepra del pecado ha manchado nuestra belleza y entonces decimos: *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* Todos juntos: [todos] «*Jesús, si quieres, puedes purificarme*». De pensar que no te necesitas todos los días: [todos] *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* De convivir pacíficamente con mis dobleces, sin buscar en tu perdón el camino de la libertad: [todos] *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* Cuando a los buenos propósitos no siguen los hechos, cuando remito la oración y el encuentro contigo: *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* Cuando llego a un acuerdo con el mal, con la deshonestidad, con la falsedad, cuando juzgo a los demás, los desprecio y hablo mal de ellos, recriminando sobre todos y todo: *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* Y cuando me contento con no hacer el mal, pero no hago el bien sirviendo en la Iglesia y en la sociedad: *¡Jesús, si quieres, puedes purificarme!* Sí, Jesús, creo que puedes purificarme, creo que necesito tu perdón. Jesús, renuévame y volveré a caminar en una vida nueva. [todos] *Jesús, si quieres, puedes purificarme.*
